

# Los conquistadores del oro

Tradujo: CARLOS LOPEZ NARVAEZ

(De José-María de Heredia)  
en *Los trofeos*.

## NOTA LIMINAR

*Este grandioso poema —el más monumental en la obra poética del príncipe parnasiano francés José María de Heredia— aparece al final de todas las ediciones de LES TROPHEES, en seis capítulos de pareados alejandrinos: desde la primera (Lemerre, París, 1893) hasta la última, la suntuosa de Ferroud, ilustrada con acuarelas de Solomko (París, 1927). Es un testimonio relumbrante del apasionado interés y amor del poeta por “el mundo occidental” en que naciera hijo de cubano y de francesa.*

*El poema fue escrito antes de 1869, año este en que por primera vez aparece en “PARNASSE” —la revista baluarte de la escuela en que pontificó Leconte de Lisle— bajo el título de La desventura de Atahualpa. Prólogo: Los conquistadores del oro, título que indica de por sí el propósito herediano de acometer la obra de un extenso poema épico sobre la conquista del Perú, cuya introducción sería la presentación de los protagonistas de la titánica gesta que culminó con el sojuzgamiento del inca imperial y sus dominios. Infortunadamente la parnasiana empresa no fue más allá de ese Prólogo que por sí solo es ya una realización esplendorosamente épica, un tributo de la Francia armoniosa y sapiente a la América india y fabulosa.*

*Las fuentes históricas del poema el poeta debió hallarlas en la obra de Bernal Díaz del Castillo Verídica Historia de la Conquista de la Nueva España que el propio Heredia vertiera al francés; esto en cuanto a los comienzos del poema prólogo; y para lo ya concreto del mismo, lo referente al Perú, se hace evidente que su guía de todo momento fueron los tres volúmenes de la obra de W. H. Prescott Historia de la conquista del Perú traducida al francés. Fuera de ella, Heredia tenía en su propia biblioteca, además, buena cantidad de cronistas y de historiadores de Indias, extensos sobre el descubrimiento y conquista del Nuevo Mundo: indefectible y segurísimo, en-*

*tre ello estaría don Juan de Castellanos con sus amazónicas ELEGÍAS: no impunemente el excelso parnasiano era un descendiente, en línea recta, del fundador de Cartagena de Indias al que dedicó tres de sus maravillosos sonetos, con siempre justa vanagloria: los dos de A un fondateur de Ville y L'Ancetre.*

*Sobre traducciones de este magno poema, tenemos noticia de solo dos: una en prosa y literal del ilustre historiógrafo colombiano don Eduardo Posada, realizada y publicada en Bogotá hacia 1897, y una en verso, opaca labor del español don Antonio de Zayas quien apechó, nada menos, que con la obra poética completa de Heredia. Ninguna de las dos nos ha sido posible tener a disposición.*

*Cuanto a la forma de nuestra traducción, llana y honestamente hemos de confesar que lo tan extenso de un poema-crónica, escrito en pareados alejandrinos, pero en un idioma en que toda palabra es poética, poematizable, con lo cual se hace muy, muy llevadero, nos arredró con la ingrata perspectiva de hacernos reos de monotonía, prosaísmo y pesantez. Voilà, c'est tout.*

C. L. N.

Una vez que *Balboa*, caballero en su noble corcel por inviolados bosques, siguiendo las corrientes en declive de las tramontadas cordilleras, halló el limo cálido, insalubre, de las costas del Istmo cuyos gigantes montes dividen la glauca inmensidad de los Océanos; y desde el ribazo, vestida la armadura arrojose a las vírgenes espumas, y entre ellas plantó sus estandartes, al arribar al puerto panameño todos los aventureros soñaban ¡promisoria, mirífica esperanza! encontrar en las argentadas riberas del Pacífico, el Dorado prometido y delante de ellos fugitivo siempre. Con él, otros sueños monstruosos se mezclaban: en el fondo de aquellas tórridas soledades, sojuzgar a las rudas amazonas, vírgenes altivas que los héroes antiguos no fueron capaces de domar; abatir las divinidades de cabeza de toro; y —progenie verdadera de Hércules— domeñar los pueblos de la Aurora y los del Crepúsculo.

Sabían que desafiando esos peligros gloriosos alcanzarían los litorales donde nacen los berilos; y a Dabeiba cuyas prolíferas barrancas cubren con las ruinas de templos devastados las necrópolis de oro de los príncipes de Zenú; y que manteniendo siempre la incógnita ruta de las Indias, allá las Islas especiarias y de la tierra en cuyos hondos precipicios, por un cauce de fina plata, corre la fuente de la salud, se abriría a sus ojos el resplandor solar, bajo un celeste, mágico cenit ardido por el fuego de las pedrerías; y los vívidos embrujos de sierras de esmeraldas y picos de zafiro que ocultan el Ofir legendario, fabuloso.

Y cuando con la vida hubo pagado Vasco Núñez el orgullo ansioso de esta gran empresa, desafiando igual suerte, enarbolando el pendón castellano con cuarteles de Austria, tras el mismo espejismo deslumbrador, la flor de los caballeros avanzó hasta el fondo de las selvas de Costa Rica, cruzando terríficas montañas; o costó largos y oscuros arrecifes que circundan a Veraguas; y hacia el Oriente, de naufragio en naufragio, al-

canzó las orillas donde el Orinoco, hinchado de tormentas, cubriendo de fango horizontes ilímites, bajo el lampo febricitante de un ambiente saturado de venenos, se arroja al mar por sus cincuenta bocas.

A la final, una centena de compañeros, todos de fina fibra, embarcáronse con Pascual de Andagoya a quien siguieron en el avance de la aventura, hasta bordear el golfo donde el Pacífico revienta su oleaje; puso proa al sur, dobló la Isla de las Perlas y a velas desplegadas enrumbó: primero entre los Conquistadores, cuya fue la hora de haber hendido los nuevos mares con el espolón de sus pesadas carabelas.

Y cuando a los diez meses, desconfiado y enfermo, tras un navegar sin provecho en pos del vano mito de un Dorado, cien veces desafiando a la muerte; y de haber traspasado los límites del mundo; y de haber perdido quince de cada veintena de soldados, con sus buques destrozados Andagoya resolvióse a regresar, Pedrarias recibíolo enfurecido. Y los hidalgos y rumboadores que sobre la fe de relatos populares habíanse reunido en Panamá sintiéronse de un golpe, confusos y desconcertados.

Todos los que vieron deshecha la ilusión de enrolarse en empresas guerreras, enfilaron hacia México. Y los que sin nada en la bolsa habían acudido para tentar fortuna en tierras del Darién, ansiando apaciguar la miseria y sosegar los infortunios, —para lograr lo cual se necesita un fuerte corazón— con todo y ser buenos marinos y batidores de campo, con la espada ociosa y andrajosa la capa, entreteníanse, a falta de sueños hermosos, mirando el oleaje saltante de la bahía, a la espera de algún audaz capitán que formase su hueste con ellos.

Dos años habían transcurrido cuando un soldado oscuro a quien sus conquistas acabaron por ganarle un título de Marqués —Francisco Pizarro— osadamente demandó poder para armar un galeón destinado a descubrimientos más allá de Puerto Piñas. Al punto Pedrarias de Avila arguyóle ser imprudencia suma intentar aventura semejante y el ningún beneficio en desafiar sus innúmeros peligros; y que en modo alguno placíale ver cómo sus mejores guerreros prodigasen en tamañas locuras la sangre de las venas españolas, sin que hasta allí y antes de él mismo, ninguno de tantos caballeros hubiera logrado victoria sobre los manglares que inextricablemente cubrían esos litorales. Y como las tormentas habían destrozado arboladuras y velámenes tan remota y vanamente aventurados, tuvieron que volver caras, transidos y agónicos, con el consuelo único de haber salvado las vidas, a lo menos.

La prevención sirvió tan solo para afiebrar más sus anhelos, y en tal manera, que tras de acordarse con Diego de Almagro en juntar brazos y haberes; y de que don Fernando de Luque suministrase los fondos de inmediato, Pizarro y un centenar de hombres embarcáronse, una brumosa mañana de noviembre, año de 1524, en inseguro bergantín; todo el velamen suelto al viento, confiáronse temerarios a su feliz estrella.

Pero llegó un momento en que toda esperanza parecía zozobrar. Aborascáronse los aires, y un mar convulso que levantaba a un cielo ennegrecido líquidas moles color tinta, desfondó el maderamen, rompió los mástiles y el ancla, dejando al mísero bajel como arrasada balsa. Solo al cabo

de diez días angustiosos, sin víveres ni agua, con la tropa agobiada de fatigas, pudieron todos pisar tierra en una costa baja.

Los manglares ribereños se entretrejían como una inmensa red. Arriba, tras impenetrable y espléndido manto de lianas en flor y de rampantes viñas, la costa se elevaba en pendientes inadvertibles hacia la distante y fosca línea de florestas.

Y la comarca era tan solo una marisma inmensa.

Llovía. Los soldados enloquecidos por la implacable ponzoña de los mosquitos que en zumbadores enjambres ennegrecían el cielo, pisaban, aterrizados, extraños insectos y reptiles pululantes en esas mefíticas hondonadas, o veían sobreaguar en pantanos infectos, y arrastrar sobre torcidas patas el escamado vientre de esos enormes lagartos llamados caimanes. Y al caer la noche, echados sobre el empapado suelo, envueltos en sus capas, al lado las espadas ociosas, allí acostados, sin otro bocado que amargas raíces o rojos pimientos, por encima de ese puñado de buscadores de imperios, flotaba como agitado crespón, una trémula oleada de vampiros; y aquellos a quienes marcaban con sus peludos besos dormían con un sueño del que nunca más volvían a despertar.

Apremiando con el ruego y por la fuerza, los soldados constreñían al Jefe a volver a proa. Y Pizarro, contra su querer, dando un adiós eterno al aciago Puerto de San Mateo, zarpó de nuevo por un mar que se abría a un bergantín solo y endeble, prosiguiendo con Bartolomé en el empeño. Doblada la Punta del Pasado, el buen piloto Ruiz tuvo la fortuna insigne de ser el primero que cruzó la Línea y el que más se adentrara en el sur del mundo occidental.

En una depresión costanera, bosques de sándalo entregaban al mar sus aromadas brisas. Por doquiera ascendían humos ligeros; y acodados en los obenques, marinos jubilosos veían relumbrar en la campiña la cinta ondulante de los ríos, y desfilar a lo largo de las playas, las aldeas y los campos cultivados.

Luego, costaneando más cerca, a sus ojos atónitos aparecieron las florestas.

Al pie de los volcanes muertos, lindantes con zona de ceniza, ébanos, guayacanes y duros palisandros, hasta el último confín del horizonte azul, agitando el verdeoscuro oleaje de sus frondas, pródigas de follajes y de esencias, se desplegaban con magnificencia: y del norte al mediodía, del levante al poniente, cubriendo todo el litoral, todo el continente, en la extensión que abarca la mirada, el frondaje dilatábase con un murmullo eterno como el de los propios mares. Entre el oscuro panorama, solo un lago refulgente era espejo inmóvil donde el sol, penetrando al corazón de aquella sombra, hacía una gran horadación de oro en la sombría verdura.

En la arena gredosa y blanquecina, los enormes caimanes acechaban al negro tapir o a los garzones rosados. Manchados majaes y soberbias boas chafaban bajo sus pesados anillos las altas yerbas, o se enroscaban a los troncos podridos, en espera de que los pecaríes llegaran a abreviar. A las riberas lacustres, monstruosamente fértiles, pobladas de todos los batracios

y reptiles, podían verse, al declinar el día, rebaños de fieras que bajaban a beber: el puma, el ocelote, ágiles gatos monteses; y ese hermoso carnívoro que anda siempre en pareja, felino famoso por su elástica y terrible ferocidad: el jaguar. Y por doquiera, en el aire multicoloro, una maciza vegetación flotante. Entre el ensordecedor follaje, volando de los cactus, de los tallos de los áloes, loros, cacatúas y grandes guacamayas hacían destellar sus espléndidos plumajes, en un cabrilleo de alas y de lampos. Los gráciles pájaro-moscas y las mariposas gigantes, de vuelo vibrador y reflejos de pedrería, refulgían en redor de las lianas florecidas.

Más distantes, lanzándose de todas partes, de los jarales, de las barrancas, de los taludes, de los arbolados, monos a millares —titíes, macacos, negros saquíes, capuchinos, tembladores, chicicos— pillando icacos y ciruelos, saltando de las higueras a los anacardos, o colgándose de la cola, seguíanlos a lo largo de la costa marina, de sol a sol, por leguas, con muecas y brincos ululantes.

Impulsado por un tibio y balsámico soplar, el barco dobló el cabo de Santa Elena y entró blandamente en el azulado golfo donde el mar de Guayaquil, sereno, tranquilo, bajo una luz esplendente y siempre pura, curva en la lejanía su inmensidad y franja de espumas argentadas las arenas de oro.

Y magnífico y cambiante se abrió el horizonte.

Encrestados de nieve empinándose los montes, cribando con su fulgente arista un cielo oscuro. De entre ellos se erguían rectos al ámbito azul el Príncipe del Trueno y el Señor del Fuego: el Chimborazo, de redondeados ápices, maravillosa cúpula bajo la cual retumban los relámpagos, supera al cono incandescente del no menos gigantesco y esplendoroso Cotopaxi.

Sobre el puente, atento a los vigías de la cofa y de las gavias, con presentimientos de una imperial fortuna, rodeado de los conquistadores, Pizarro lanzaba miradas distraídas sobre aquel esplendor, cuando, súbitamente, a la vuelta del último promontorio, un prolongado grito de victoria se alzó de la tripulación, al ver que entre la altura azul y el cambiante líquido marino, surgía Tumbez en un repliegue del golfo tembloroso bajo los reflejos de los templos guarnecidos de oro, igual que los palacios y con sus muelles atestados de gentío.

Recordando entonces a los camaradas que junto a él cayeron exánimes, vencidos por el hambre, por la sed; y al comprender que por la desprovisión en que iban, sus hombres estarían resueltos a reavituallarse antes que a proseguir la marcha, vagar y combatir, tuvo por locura aventurarse en ese inmenso imperio. Y juzgando cuerdamente que en el postrer esfuerzo le era ineludible ser él mismo, a toda costa, el más fuerte, informose muy bien de esos pueblos. Entre regalos y trueques amontonó mucho oro, y en su vieja nave, abarrotada de frutos y rebosante de botín, retornó a Panamá donde echó el ancla tras una correría de tres años. Allí, viéndose fallo de hombres y recursos, decidió echar mano de un medio supremo: aunque demasiado inexperto en los juegos cortesanos, antes de acometer su final empresa, desde Nombre de Dios zarpó rumbo a España.

Arribado que hubo al puerto de San Lúcar, halló una España en plena fiesta. Colmando los sueños del Príncipe y los anhelos de padre, en día propicio y con feliz alumbramiento la Emperatriz Reina, habíale dado al Imperio un infante, Don Felipe —¡triunfante lo conserve Dios!— lo que el Emperador festejaba jubilosamente en Toledo. Pizarro acudió allí, en imploración de ayuda. Relató largamente sus peripecias, y —rodilla en tierra— le presentó con donosura el homenaje del Perú. Luego, no sin excusarse por lo exiguo de la ofrenda —oro, lanas de vicuña, dos llamas vivas y una alpaca— formulole sus derechos. Don Carlos contemplaba como una nueva especie, esas extrañas ovejas, de grande alzada y espeso vellón. Con gran gentileza las imperiales manos sopesaron las alhajas. Mas al considerar lo sustancial del pedimento, repuso con flamenca rudeza: que a su parecer encontraba que el valeroso Marqués don Hernando Cortés ya había realizado extensas conquistas al subyugar el vasto imperio azteca: que tanto él mismo como los santos arzobispos y el Real Consejo tenían la firme resolución de no entrar en nuevas empresas, ni a prestar apoyo, en las tierras occidentales de ultramar, a quienes se empecinaban en estériles y fatales aventuras como aquella en que acabara Diego de Nicuesa. Oídas tales razones, irguióse al punto Pizarro y habló manifestando: que era cosa de escándalo el que por unas cuantas onzas de oro se les negara el regazo de la Iglesia a tantos sin ventura sumidos en la ignorancia y la idolatría, que pedían, tan solo, verse sumisos a la norma divina, lavando sus culpas, y sus almas con el agua sagrada del bautismo. Pasó luego a describir con elocuencia las cordilleras majestuosas y sus volcanes milenarios cuyo soberano fuego, que hace estremecer la tierra y funde metales en los crisoles de sus cráteres, precipita lavas de oro custodiadas por el pájaro rock que en la nativa lengua llaman cóndor. Describió en seguida una naturaleza en que se realiza la fábula; torrentes sin número que en sus lechos de arena arrastran esmeraldas como si fueran guijas: y la chicha que se fermenta en los lagares palaciegos y se guarda en botijos de oro puro semejantes a las garrafas alpujarreñas donde se conserva el aceite; templos al dios Sol poblaban toda la comarca, guarnecidos de oro, circundados de maizales cuyas espigas, igual que sus tallos, eran de oro, en un milagro de abundancia que causaba vértigo; y como para hacer pensar a un Emperador, rebaños con sus pastores, unos y otros de oro macizo.

Tamaño discurrir asombró a Don Carlos, y tras de dignarse comparar la exigüedad de lo que se pedía como ayuda, con la excelencia de los resultados, quiso que sin demora Don Francisco repitiera, ante los grandes señores de su Consejo, las promesas de propagar la Fe y de colmar las arcas.

Cumplido que fue, habiéndosele vestido el hábito de Caballero de Santiago, y ceñido del gran Collar de la Orden, Pizarro juró, sobre las sagradas reliquias, mantenerse fiel a sus Majestades muy Católicas y ser el más sólido sostén de la Iglesia romana y del buen nombre cristiano. Se pasó luego a redactar las augustas cédulas que hicieran saber aun a los más incrédulos, que salvos los derechos de los sucesores del Almirante,

era don Francisco Pizarro, Lugarteniente General de su Alteza, sin discusión y sin término, Señor de todos los países, islas y tierra firme que había descubierto o que descubriera en adelante. Leída la minuta y lista el acta para su sellado al pie de los protocolos, Pizarro, que antaño había asistido bien poco a las escuelas, pues en Extremadura su oficio era el de porquerizo, trazó una cruz sobre la real vitela en que pendían los grandes sellos, declarando que no sabía escribir; pero lo hizo en tan altivo acento, que nadie se atrevió a sonreírse de ello. Por último, sobre bordado cojín, el bastón de oro distintivo del Alcalde y del Alguacil Mayor le fue entregado por Juan de Fonseca. Y concluido todo, diligencias y patente en regla, antes de rehacerse a la mar, Pizarro que de sus familiares guardaba solo un recuerdo amargo, fue a visitarlos a Trujillo, la villa natal. Luego zarpó dichoso del puerto de Sevilla, llevando tres barcos fletados; hizo escala en Gomera; después, por los vientos alisios combados los velámenes, las naves tomaron la ruta del mundo que hizo grande a España y a Colón inmortal.

— IV —

Y así fue como un mes más tarde en Panamá, el día de San Juan Evangelista, fray Juan Vargas al pie del altar mayor, en vez de plática, leyó la lista de cuantos componían la nueva Armada bajo el mando de don Francisco Pizarro; encomendoles a Dios; y después que entre los dos jefes dividiéronse la Hostia, he aquí en qué forma efectuose la partida:

Cuando el Adelantado se hubo despedido de todos, aquel mismo día después de vísperas, y de que el Obispo, como cabeza del clero, bendijo la flota y al ejército, Don Bartolomé Ruiz, en su calidad de piloto real, en actitud pomposa, vestido de brocado, subiendo al puente de comando, empuñando el porta-voz, ordenó levar las anclas y colocar barras al viento de tramontana. Fue entonces, entre los sollozos, los gritos y los adioses, inquietos los soldados, dichosos los marinos, subidos en los obenques, trepados en los peñoles en que flotaba un pavés de banderas y de emblemas y leyendas, fue entonces cuando tronó el cañonazo de partida y se alzó el coro del *Ave Maris Stella*, en tanto los bajeles, inclinados los mástiles flameantes de grimpolas, hundían sus flancos en la espuma.

Con una mar bellísima y un norte de los más frescos, el viaje se hizo rápido y sin retrasos, ni por causa de provisión de agua, ni por razón de escalas. Corriendo alegremente por el mar del Trópico, Pizarro saludaba con un viril orgullo, como a viejos amigos, escollos y ensenadas. En breve pudo, victorioso de corrientes y de calmas, ver erguirse al horizonte verdes ramilletes de palmeras que a lo lejos señalaban el golfo. Y a las puertas de Tumbez desembarcó y plantó sus tiendas. Allí, entendiéndose con los Caciques de las poblaciones, se informó de que el horror de las discordias civiles tenía ensangrentado el Imperio del Sol; que el altivo bastardo Atahualpa, igual que un rayo, arrasando poblaciones y comarcas, tras rápidas victorias había conquistado el Cuzco, ombligo del mundo, donde entre los antiguos dioses moraban sus antepasados, dioses también. El usurpador había domeñado, al filo de la espada, la tierra de Manco-Capac.

Al punto, a grandes jornadas distanciándose de la costa, por entre pampas arenosas y desiertas, dichoso de llevar sus viejas tropas a la soñada meta, se dispuso Pizarro a dominar las andinas cumbres.

De meseta en meseta, de garganta en garganta, del alba al poniente, caminando hasta el agotamiento, asaltados de fúnebres presagios, avanzaban. Nada les remediaba el tedio frente a aquellos taciturnos parajes. Solo, a veces, en la lejanía, veíase reverberar en su marco de rocas el estaño de un lago. Bajo un cielo alterno, tórrido o glacial, con los caballos de brida, agobiados, cruzaban entre barrancas o escalaban alturas. La montaña parecía alargarse al infinito, como para agotarlos en esa dura errancia, por graníticas gargantas y crestas de hielo. Cerníase sobre la sierra un pavor misterioso. Y más de un viejo rumbero, oprimido el corazón, supo por primera vez lo que es el espanto. Movediza y convulsa la tierra hundíase bajo sus plantas con sordo fragor; al resplandor de los rayos el viento levantaba trombas de nieve y de granizo, y lanzaba lamentos y voces ultraterrenales; y enceguecidos, tiritantes, extraviados, agarrados a los salientes, a pico sobre las quebradas, sentían los soldados, bajo los pesados pies, el deslizamiento en fuga de los senderos. Sobre sus cabezas la montaña se hacía abrupta y lisa; y más abajo veían los torrentes, lanzándose por estrechos cauces, rebotando a lo largo de resonantes murallas, y al estrellarse en las aristas de los roquedales que iluminaban resplandores rojizos, caer deshechos en polvo de espumas. Más arriba los invadía el vértigo. Al respirar el aire sutilísimo de los montes sentían los pulmones desgarrárseles. El frío de la noche congelaba a la abatida tropa. Y mientras los caballos, recogidas las grupas, apoyados unos en otros, ramoneaban mísero rastrojo, los soldados violaban las tumbas aymarás: arrancábanles las cosidas mortajas y encendían con los osarios un buen fuego.

Solamente Pizarro no daba muestras de fatiga después de haber atravesado a nado veinte ríos y cruzado comarcas sin aldeas ni pobladores, soportando frío y hambre, y escalando montes los más aterradores que el hombre haya medido con la mirada, con la voz, con el gesto firmes. Y al corazón de los menos audaces infundíales su propio coraje; y porque —terrible y al par espléndido espejismo— en la fiebre de su anhelar parecíale ver a Cajamarca.

Finalmente, a los cinco meses del día en que desembarcara, sirviéndose de los picos de la sierra como faro, alcanzó las últimas mesetas. Al son de los clarines, al compás de las fanfarrias, al redoble de todos los tambores y al tremolar de las banderas, adelantándose con premura, sin dar tiempo a los soldados para cobrar aliento, emprendió el descenso a la planicie.

— V —

En número de ciento seis marchaban los hombres a pie. La historia ha desdeñado a esos bravos; pero es de justicia llamar por sus nombres —nobles o plebeyos— a cuantos comandaron esa ilustre guerra; y decir

la raza y el color de sus caballos; pues no es dable, al relatar sus trabajos comunes, alinear con las acémilas a estos esforzados servidores de todo buen gentilhombre.

Veámoslos. Sesenta y dos caballeros hidalgos, pares en sangre y en bravura, cabalgan en redor de los pliegues azules del estandarte imperial en que, junto al castillo de oro, sangra el palo de gules. Flanqueado por el cronista Jerez lo lleva el fogoso Alférez Gabriel de Rojas cuyo jubón de cuero bordado de canutillos muestra el escudo de las dos Castillas, y en la toca de terciopelo aragonés luce un San Miguel de plata lanceando al dragón. Con mano firme sofrena aquel noble corcel que se afamó después cabalgado por Carvajal el Impío, corcel árabe andaluz que, mal domado aún, se encabrita, tasca el freno ensangrentado, hace saltar chispas con el duro casco, y con jinete al lomo puede sobrepasar el dardo más vibrante que desde el nervio más tenso, dispare el arquero más audaz.

Rodeando la enseña, en buen orden, polvoreando al sol, se agrupa todo el grueso de la tropa. Allí, Juan de la Torre, y Cristóbal Peralta, de altanera divisa —*Ad sumum per alta*— y el tuerto Domingo de Serraluca; y el muy moreno Alonso de Molina con su casco de bronce; y Francisco de Cuéllar, gentilhombre andaluz que persigue indios como quien caza lobos, y Mena, lancero de renombre entre los señores de Valencia; todos acompañan los caballos a la marcha de los dos Jefes rivales: Del Barco, famoso buscador de nuevas tierras quien con Orellana surcó los grandes ríos, y Juan de Salcedo, orgulloso de su estirpe y que imberbe aún, avanza en delantera sobre un brioso ruano, humeante y piafador, que sacude un freno blanqueado por la espuma.

Detrás, mohinos de andar a pie, siguen los infantes y los estropeados. Inútilmente, con la punta de una ballesta Juan Torés punza a un viejo ruano cansado y taciturno que cojea, desgastados los cascos indefensos. A su lado Rivera deja andar, brida al cuello, su caballo que manquea, también desgastados los cascos faltos de herraduras. Con estos infortunados va don Pedro Alzón en cuyo escudo se ve un halcón en sable con su pihuela y cascabel y el capirote de gules; antaño había sido amolador en Granada, prisionero de los moros; y fue un buen artesano.

Así, bien resguardados, al paso de las cargas, muy serenos van los dos rivales: silencioso —porque el silencio es oro— el buen Contador Riquelme va adelante; por su parte el Licenciado Gil Téllez, Notario, mentalmente va elaborando el inventario, listo a descontar, después del quinto real, la parte de los caballeros.

A retaguardia, retrasados forrajeros habían dado rienda suelta a las acémilas para alcanzar la delantera; y por la montaña a pico, sin cuidarse de hondonadas, vientre a tierra, iban descendiendo. La furiosa carrera retumbaba como trueno. Allí van, brida en los dientes y sangre en las espuelas, tumultuosos, vociferantes, lanzado gritos, juramentos y llamadas al Alcalde, entre la asustada montonera desembocan. De arrogante estampa, vestido de brocado, haciendo un terrible esguince de jinete para saludar a Alvaro de Paz —quien le responde barriendo el suelo con su sombrero de anaranjada pluma— el Jefe de aquella cabalgata no es otro que

Fernando, el mayor y más altivo de los Pizarros, seguido de Juan y de Martín, sus hermanos de madre, quienes se dicen de Alcántara. Briceño, más tarde sacerdote y chantre en Lima, no muy hábil picador aún, ha perdido los estribos en la carrera loca; y viendo ya distantes a sus amigos, se afana y pica a su yegua color flor de durazno. A su lado galopa el bravo Antonio que lleva orgulloso su pobreza de noble: que si por toda alhaja tiene solo tizona y rodela, su heráldica cimera luce las hojas de apio que rematan el escudo de los Condes de Carrión.

Y así pasan entre un torbellino polvoroso.

A sus gritos, se detiene uno de los de la vanguardia; vuelve su corcel y los mira. Cabalga rocín de roja caparazón. Para mejor mirar, se levanta en los estribos. Es el futuro fundador de Popayán; su cuerpo dijérase conformado para ceñir los arreos del combate. Bello como Galaor y fiero como un César, encabeza la marcha: su nombre es Belalcázar. Cerca de Orestes allí va el buen Píldes: muy cetrino, alta la celada, ceñido el largo manto, dijérase que sueña: es el valeroso Hernando de Soto, explorador audaz de la zona tórrida; un día descubrirá la radiante Florida y al padre de las aguas, el viejo Meschacebé. Aquel otro, de bombeado morrión, que a la polaina de cuero hebilla la pesada partesana, y a su yegua alazana afelpa y pampea con lisonjeras palabras, es el aventurero Pedro de Candia, incendiario de diez ciudades, y que en expiación de ello, le enciende diez lámparas a la Virgen. Mira hacer caracoleos en la peligrosa altura de la barranca al ardiente Gonzalo Pizarro cuya cabeza, con la de Carvajal, mostrará la escarpia en Lima, después de ajusticiados en el Cuzco, a la vista de los caballeros que seducidos por su prestigio alzaron el pendón rebelde. No obstante la torva deslealtad con su Rey, afrontó bellamente la muerte como todo un hidalgo.

A pocos pasos, ciñendo rosario y espada, sobre los largos pliegues del hábito blanco el negro escapulario, y debajo el cilicio que martiriza carnes y apetitos sofrena, cabalga el santo enemigo de los dioses falsos, el muy sapiente y misericordioso Fray Vicente de Valverde que llevó millares de herejes al patíbulo del hierro, el hacha y la soga en los autos de fe, temeroso de que esas almas se perdieran para siempre entre las llamas del Infierno, y confiado en que Jesús divinamente misericordioso, remunerándolos en sus piadosos designios, acogiera en su seno a esos mártires. Finalmente, encabezando la hueste, diez metros adelante, va Francisco Pizarro.

Flotantes al viento los desgarrados pliegues de la capa, dejando ver la cota y los cromados brazales —pues aunque todos habían trocado armaduras por corazas de algodón a pesar de la dureza de su raza— solo él mantenía sin cansancio el férreo vestido bajo los ardores de Cáncer.

Revolvíase piafante su cordobés berberisco; castigábalo él recorriéndole los hijares con las ágiles y sonoras rodajas de plata de las pesadas espuelas. Y él inmóvil, como tallado en piedra, lanzaba desde los párpados sombríos el brillo irresistible de unos ojos de gerifalte.

También su corazón ceñía la armadura sin tacha que cumple a los conquistadores; y él, simple Capitán, pero de un alma ambiciosa, acari-

ciaba ya el sueño alucinante de hacerse, tarde o temprano, con las mantillas del bastardo, un manto de Emperador.

— VI —

Precipitando el descenso por la estrecha ruta, encajonada y resbalosa, en un largo seguir tras el jefe; sin un tropiezo, haciendo rodar al paso arenas y pedruscos, los audaces caballeros corrían entre la tiniebla de desfiladeros empinados y lúgubres gargantas alumbradas desde arriba por un cielo incierto y empañado. De pronto, en medio de la marcha, destacándose contra los ámbitos, abriose la montaña en un arco gigantesco. Y como si salieran de negra prisión, la vista enceguecida, el espacio, el horizonte, la inmensidad vacía y la magnitud de la sima formáronles un abismo deslumbrante. Solfataras, manantiales hirvientes y fuegos que brotaban de la tierra, agrietando aquí, resquebrajando allá los lomos del monte, desgarrándole los flancos en embates seculares, habían realizado aquella espléndida abertura.

Y sintiendo que bajo los pies faltábales la tierra, los conquistadores estrecharon filas en la angosta cornisa. Y hombres y caballos pararon brúscamente.

Los Andes iban escalonando sus bloques de basalto, de pórfido, de asperón, de granito, hasta los últimos asientos donde el fin de la rosa ya solo asoma amortajada de nieve. Allá en lo alto, la fosca floresta de hielos erizados hacía vibrar los ámbitos en azules centelleos: dijérase un terrible y claro hormiguar de guerreros acorazados de plata, trajeados de armiño, acampados en los confines terrenales, a largos trechos dominados por un volcán —negro coloso incandescente, portaestandarte de invernal cortejo— que enarbola su flamígera bandera sobre un pueblo de nieve.

Pero todos fijaban los ojos sobre los primeros escalones donde, cerca de hirvientes manantiales, habían visto entre jardines, a los dorados resplandores del poniente, blanquear hasta perderse en lejanía, las tiendas incontables del Inca, flotantes al viento sus banderas. Y de los torbellinos de las solfataras confusamente se alzaban espesas fumarolas. Y la planicie y las colinas y la primera vertiente de la montaña, cubiertas de mínimas banderas, asumían entre el vapor un aspecto poderoso.

Entristecidos y en silencio, descansando las lanzas sobre el cuello de los caballos, al mirar melancólicamente lo poco que eran frente a fuerzas tan inmensas, palidieron todos los conquistadores. Pero arrebatando a Gabriel Rojas la bandera, dijo Pizarro, con altanera voz: —“Por Don Carlos mi Señor y en su real nombre, yo Francisco Pizarro, su leal siervo, en requerida forma y por ante Notario, tomo posesión de toda esta tierra. Y declaro, además: si algún rival fuere osado a contradecirme, a pie como a caballo, mantendré mi derecho y lavaré la injuria. ¡Y así lo juro por mi santo patrono Don Francisco!”—. Dicho lo cual, con brazo enfurecido, en el suelo que tembló, clavó la imperial enseña cuyos pliegues triunfales arremolinaron las ráfagas del viento que venían de las alturas.

No obstante, deslumbrados bajo la pompa de los cielos, los soldados continuaban silenciosos.

Era que a su espalda, hacia Occidente, donde sin cesar se arrojaban los oleajes del Pacífico sobre remotas playas, entre brumas de oro y púrpura —mortaja tinta en sangre de un dios— hundíase el remoto abuelo de quien ahora señoreaba estas tierras innumerables. Al frente, alta y sombría, erguíase la sierra. Pero cuando el Rey de los astros sumíase entre las ondas, de súbito golpe toda la montaña destelló de su cimiento al ápice, y las andinas sombras se alargaron y acrecentaron cubriendo a Cajamarca. Y mientras, flotando primero a flor de suelo, de escalón en escalón, iban extendiendo sus alas inmensas, la claridad muriente huyendo de cumbre en cumbre hizo al fin resplandecer la más enhiesta. Hasta que la sombra lo arropó todo en sus plumones. Relumbró el pico de la última cumbre, y se extinguió después.

Entonces, formidables, abrasadas de un gran presentimiento, las huestes unánimes, blandiendo los estandartes sobre el cárdeno poniente, con fragoso grito saludaron la muerte del sol.